

«AZORIN», PARIS Y DULCINEA

Azorín, que habitó los primeros meses de su última estancia en París en un hotel de la calle Des Mathurins, a cuatro pasos de la Opera, se trasladó luego, para fijar su permanencia, a un entresuelo de la calle de Tilsitt, en el inmueble número 14, para ser más exactos...

La calle forma una parte de la cinturilla de "l'Etoile"; y el trecho en que se halla el domicilio que "Azorín" tuvo es como una zona fronteriza del sector—impecable de distinción—de la avenida de los Campos Eliseos y la avenida Wagram-plaza de Ternes, más popular, más noctámbulo y más abigarrado de público.

Esta es la geografía azoriniano-parisiense, en cuanto a su punto urbano de residencia, y que ha sido descrita, con su prosa inimitable, así como la casa, en el libro "Paris", que luego de su regreso a España ha publicado el escritor.

Pero a "Azorín" solía vérselo, especialmente a muy primera hora de la tarde,

en lugares distantes, y su predilección se inclinaba hacia el paseo por los "quais" del Sena, donde se detenía largamente en los puestos de libros de ocasión, y hacia el barrio Latino, dejando de lado el famoso "Boul Mich", para internarse en sus callecitas. De "Azorín" puede decirse que ha soñado en París como nadie, y que como nadie—ningún extranjero al menos—ha buceado en sus viejos secretos. Iba descubriendo, solitario y observador, una ciudad distinta de aquel "Paris bombardeado", que completara con el "Madrid sentimental" durante la otra contienda. Dijérase que se esforzaba por ignorar la reforma Haussman para vivir el ambiente de Delacroix y la eclosión romántica. El Paris porvenirista del trazador de anchas vías, quizá lo experimentaba únicamente en el "metro", a cuyas estaciones acudía el escritor a contemplar la angustia apresurada de las gentes, porque la paradoja es que "Azorín" viajaba siempre en autobús.

¡Mas es tan difícil contar algo inédito

de "Azorín" en París durante esa etapa! A través de las páginas de su libro, ha escrito él, quizá sin pretenderlo, un buen fragmento de su autobiografía. No obstante, hay algunos rasgos, algunos detalles que tal vez no ha querido revelar. Por ejemplo: su resistencia a hablar en francés, su exaltación al extremo por las lecturas españolas. "Azorín" regresaba siempre de sus búsquedas por los tenderetes de la orilla del río con algún libro, en español, conquistado, y si era el libro de "un compañero"—decía así de los que comenzaron con él—, mejor; y si era de alguno de esos colegas, pero de los olvidados o malogrados, entonces su satisfacción le salía a la cara. Así trajo un día los cuentos de Bardiela, ¿que quien, sino él, hubiese descubierto y rescatado?

En París, entre otros, fue escribiendo "Azorín" los trabajos de su libro "Pensando en España", donde funde el pasado con el presente en los personajes que atraviesan la eternidad. Y, en esa sensación de semisueño, encuentra a Cervantes con el bigote ya muy lacio y el alma muy cansada, como a un burgués tranquilo, en la terraza de uno de los cafés internacionales de los Campos Eliseos, para evocarle luego, al salir de un olivar, del otro lado del Alto Pirineo.

Y hay un antecedente a la "Dulcinea", de Gastón Baty, que acaso tanto franceses como españoles ignoran, y es lo que movió al gran director de escena, más que autor teatral, a realizar esa obra. Años atrás había enviado "Azorín" a



"Azorín", por Sebastián Miranda. (Talla realizada en París en 1933.)



"Azorín", con su familia, en París; su esposa, su cuñada y su sobrino.

Baty su libro "La ruta de Don Quijote", que fuera en tiempo escribiendo, como crónicas de la inactualidad más perdurable, para el periódico de Ortega Munilla. Por entonces se habían hecho dos ediciones buenas, la española y la sueca, y en ambas se publicaban unas magníficas fotografías de los lugares en que Cervantes sitúa la acción: Argamasilla, el Puerto Lápice, el camino de Ruidera, la Cueva de Montesinos, los molinos de viento de Criptana, El Toboso... A Baty, conocedor del "Quijote", le impresionaron sobremanera aquellas "vistas" extraordinarias, y, a partir de aquel momento, debió sentir el deseo de llevar a la escena—a su escena—las estampas que contemplaba, y de animarlas con los personajes creados por el genio español. El trasplantador al teatro de "Madame Bovary", el celebrado adaptador de Shakespeare, se decidió, por fin, tras madurarlo mucho tiempo, a hacerlo después del éxito de su "Madame Capet".

Así, la encarnación de Dulcinea se alzó en las tablas del teatro Montparnasse. En el programa de mano del estreno se insertaba uno de los pasajes de "La ruta de don Quijote", del maestro "Azorín".

MIGUEL PEREZ
FERRERO